

EMMA GLASS
Peach

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU

narrativa **escopiso**



PEACH

EMMA GLASS

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso
previo del editor.

Título original
Peach

Copyright © EMMA GLASS, 2018
Publicada por acuerdo con BLOOMSBURY PUBLISHING
PLC, Londres, 2018

Primera edición: 2019

Traducción
© MARIANO PEYROU

Imagen de portada
© EMMA EWBANK

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño

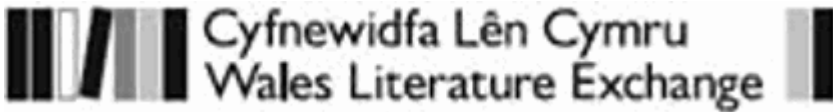
Estudio Joaquín Gallego

eISBN: 9788417517366

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Published with the support of a Wales Literature Exchange translation award through Arts Council of Wales National Lottery Funding



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

NOTA DEL TRADUCTOR

Como el lector podrá apreciar, en el onírico y distorsionado universo de *Peach*, los personajes encarnan las características físicas de sus nombres. Así ocurre con la propia Peach, «melocotón», o con su novio Green -continuamente equiparado con un árbol, con el mundo vegetal-, con Sandy -«arenoso»-, con Hair Netty -una chica totalmente recubierta de pelo-, y como ocurre también, quizá en el caso más llamativo, con el señor Custard -«señor Natillas»-, que es una natilla viviente intentando cuajar en una forma humana sin lograrlo nunca del todo, sin olvidarnos de Lincoln, la némesis de Peach, que es un ser continuamente asociado a las salchichas (aquí cabría señalar que en la población británica de Lincoln, conocida por sus salchichas, se celebra cada año una famosa competición para elegir la mejor de todas, y que la salchicha de Lincolnshire es una variedad de salchicha muy apreciada y reputada). Etcétera, etcetera.

Para mi familia



COSER Y CANTAR

La lana lamiendo las heridas, la lana gruesa andrajosa pegajosa cosiendo mientras ando los cortes de mi mano enguantada contra la pared. Ladrillos rugosos y rojos desgarrando la lana. Desgarrando la piel. Piel rugosa y roja. Cabeza rugosa y roja. Saco la mano del guante mullido y hago un gesto de dolor cuando los hilos rasgados se enganchan en los rasguños de mis nudillos. Está muy oscuro. La sangre es negra. Seca. Las rajas chirrían al rajarse. El olor a grasa achicharrada me obstruye los orificios nasales. Me llevo la mano a la cara para limpiarme la grasa. Se me aferra a la lengua, se me arrastra por la boca, me resbala sobre los dientes, las mejillas, me gotea por la garganta. Tengo náuseas. La náusea es rosa a la luz de la luna. Carnosa. Graciosa. Me apoyo contra la pared y cierro los ojos. Trago con fuerza. Noto el sabor de la carne. Carnosa. Tengo náuseas de nuevo. Parpadeo. Destellos rosas. Regreso al negro. Mi cuerpo zumba contra los ladrillos. Veo todo negro. Un negro grueso. Graso. Tengo los párpados gruesos. Hinchados. Hinchados y negros por el guantazo. Ahogados en la grasa de sus dedos viscosos y resbaladizos como salchichas. Sus órdenes rechinan en mis oídos achicharrados. Cierra los ojos. Ciérralos fuerte. Como está cerrado tu... Ciérralos. Ciérralos. Ciérralos.

Lo veo todo negro. Su boca negra. Tiene un tajo en la piel. Abierto. Boquiabierto. Negro quemado. Carne quemada. Y su fuerte aliento a carbón se me aferra a la piel. Me asfixia. Las lágrimas resbalan sobre la grasa y gravitan en mi cara. Mi cuerpo zumba. Tengo que irme a casa pero me duele al andar. Me toco entre las piernas y noto la san-

gre y la grasa. Tengo náuseas. Me limpio la boca en la manga, me llevo el guante a la boca y trato de triturar la lana con los dientes. Corro. No llego muy lejos. Me duele demasiado. Trato de triturar la lana con más fuerza. Ojalá fuera acero. Miro hacia atrás. Las náuseas corren detrás de mí, envueltas en lazos. Ríos rosas y resplandecientes. Ojalá llueva.

Entro a hurtadillas. No abro la puerta del todo. Sigue chirriando. Me van a oír. Me acorrarán en el pasillo. Me harán preguntas. Él no me va a preguntar por la sangre. Ella no me preguntará por los desgarrones de la ropa. Me dirá que me sienta bien el tono rosa de mis mejillas. Él me dará un beso en la cabeza y dirá que la cena es a las siete. Trago un bocado de náuseas y subo a hurtadillas las escaleras mientras sigo mordisqueando el guante.

En el baño, me meto bajo la ducha y abro el grifo. No me quito la ropa. El agua caliente me escuece. Me arde la piel. Me muerdo el labio. La ropa se me aferra a la piel y me arde arde arde mientras me desnudo. Me la quito y la lanzo fuera. Tela gruesa. Empapada de sangre y grasa y agua. La ropa choca contra la pared de la bañera y cae fuera. El agua corre roja. Negra y roja. Sobre todo roja. Me lavo con lentitud. Con los dedos. Mucho jabón. Demasiado jabón. Me froto. Me duele. A través de la espuma, veo cómo se sumergen y se ahogan mis lágrimas, cómo se marchan por el desagüe. Quiero seguirlas, largarme con ellas. Sumergirme y ahogarme. Largarme a hurtadillas. Al calor. A la oscuridad. Me siento en la bañera. Pongo el tapón. Cierro los ojos.

Abro los ojos cuando el agua me anega los orificios nasales. Me enrolla la cadena en los dedos de los pies y tiro hasta que el tapón sale y deja de obturar la salida del agua para que la bañera no se llene entera. Observo los cúmulos de grasa que flotan en el agua. Blancos. Remolinos. Flotando. Con lentitud. Sin vergüenza. Disfrutando del agua. Es mi agua. Permito que mi cara dolorida esboce una leve sonrisa cuando el agujero se los traga. No es mi agujero.

Me lleva mucho tiempo ponerme de pie. Tengo las piernas hinchadas y no las puedo doblar. Me apoyo sobre el borde de la bañera y saco el cuerpo del agua. Me crujen los huesos. Me estrujo la cara, cierro los ojos muy fuerte, aprieto los labios para que no se me escapen los gritos. Me quedo de pie bajo la ducha y empiezo a restregarme. Ahora el agua sale fría. No me importa. Tengo que limpiarme. Tengo que frotarme la piel hasta sacarme todo el rojo. Restregarme hasta sacarme la grasa. Se me resbala el jabón. Frío. Las gotas me pinchan la piel, me pellizcan, la atraviesan con rapidez, impactan contra mis huesos. La sangre roja se vuelve azul. Los huesos zumban y se quedan quietos. Estoy entumecida. Cierro el grifo de la ducha. Cojo la toalla. Salgo de la bañera. No se siente mullida la toalla contra mi piel. No se siente caliente. No se siente. No siento.

Ando en silencio por el pasillo. Abro en silencio la puerta de mi cuarto. Cierro en silencio la puerta de mi cuarto. Pero ya es tarde. Me oyen. Suben con rapidez las escaleras. Se pisan entre ellos. Retuercen la barandilla. La puerta no tiene cerrojo. Me apoyo contra ella. Ellos arrojan sus cuerpos contra el marco. La puerta se abre de repente y yo salgo volando. Choco contra la pared. Se me cae la toalla. Cuatro ojos. Grandes. Azules. Vidriosos. Abiertos. Enormes. Mirando. Mamá saca a papá de la habitación con un empujón. Él tose. Perdona, Peach, me dice. Nos lo tendrías que haber dicho. Vete abajo, por favor, papá, dice mamá. Oímos cómo baja lentamente las escaleras. Me enrolla la toalla y me siento en la cama. Mamá se sienta a mi lado. Has entrado a hurtadillas y te has escabullido escaleras arriba, dice mamá. No te oímos entrar. Sus ojos son grandes y vidriosos y me veo los hombros desnudos y enclenques reflejados en sus pupilas palpitantes. Sus ojos recorren mi rostro y mi cuerpo y ella sonríe. Sus sonrisa es rosa y le ocupa casi todo el rostro. Entré en silencio porque no quería despertar al bebé. Pensé que estaría durmiendo, digo. Qué buena chica eres, Peach, dice ella. Se acaba de dormir. Buena chica. Me acaricia el pelo mojado. ¿Qué quieres cenar?, dice.

No tengo hambre, mamá, le digo, bajando la vista. Vamos, no seas tonta. Voy a preparar pasta con albóndigas para mí y para papá. ¿Te hago también para ti pero en vez de albóndigas te pongo unas verduras en la salsa? Tengo unos maíces baby que están buenísimos. Se relame y asiente con la cabeza y los ojos le recorren el rostro. No quiero nada, mamá, de verdad. Levanto la vista para ver si ha reparado en el charco rojo que está empapando la toalla. Chof. Manchando la moqueta. Ella parpadea sincronizada con las gotas. Bueno, haré para ti también por si luego te da hambre. Me planta un beso en la cabeza. Pareces un poco pachucha, Peach. Me pellizca las mejillas con sus dedos ganchudos. Se levanta y se escabulle de la habitación. Se da la vuelta y me sonrío antes de cerrar la puerta. Sus labios se parecen a la carne que vomité hace un rato.

Bajo el espejo de su estante. Extiendo la toalla en el suelo y me siento con la espalda contra la puerta. Abro las piernas con lentitud y me meto el espejo entre los muslos. Me tapo la boca con la mano para tratar de detener las náuseas. Uso la otra mano para tocarme. La piel está cortada. Rajada. Sajada. Con dos dedos temblorosos toco la piel cortada, trato de juntar lo rajado. La sangre gotea con delicadeza. Miro el espejo con más atención. Me manan lágrimas de los ojos, me chorrean en el vientre, fluyen hacia lo rojo. Ríos minúsculos. Lazos minúsculos. Serpientes sedosas. Piel desgarrada. Manchada de escarlata. Tengo que detener la hemorragia. Me echo hacia delante y me agarro a la pata del escritorio que tengo delante y logro incorporarme. Logro encontrar una caja de clínex y saco uno y me lo pongo entre las piernas. Me pongo una bata. Me pongo las zapatillas de andar por casa y bajo las escaleras a hurtadillas. Mamá está en la cocina. Cocinando. Huele a carne. Ternera. Ardiendo. Noto el aliento de él en los orificios nasales. Humo intenso. Asfixiante. Trago.

¿Todavía no te has vestido?, dice mamá. No. Tengo que coser un agujero que se me ha hecho en los vaqueros, le digo. ¿Ésos todos costrosos? Tíralos a la basura, Peach. Es-

ta semana podremos ir al centro a comprarte unos nuevos. Me da un pellizco en el culo cuando paso a su lado. Abro el armario que hay debajo del fregadero y saco el costurero. También tengo que coser otras cosas, digo. Ella chasquea la lengua y le da un lametazo a la cuchara llena de salsa. Paso a su lado y subo las escaleras corriendo. Se me ha olvidado el hielo. Vuelvo a bajar las escaleras a toda prisa. Busco en el congelador y encuentro la cubitera. Demasiado movimiento. La sangre me gotea por la pierna. Mamá no se da cuenta. Sid entra con sigilo. El ruido de sus patas contra el suelo impide que se oiga el goteo. Enrolla su cuerpo alrededor de mis piernas. Noto la suavidad de su pelo. Veo manchas rojas en su pelo. Desenredo las piernas de su cuerpo peludo y lo dejo lamiéndose las manchas.

Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo contra ella. Miro a mi alrededor. No sé qué estoy buscando. Recojo la toalla y la vuelvo a extender en el mismo lugar. Me saco el clínex empapado de entre las piernas y lo tiro a la basura. Busco un hilo de color rosa o melocotón en el costurero. No encuentro ninguno. Uso el blanco. Enhebro una aguja. Tardo un montón de tiempo. Me siguen temblando los dedos. Hago dos nudos. Tres. Cuatro. Con eso basta. Golpeo la cubitera contra el escritorio. Con fuerza. Los cubitos de hielo saltan por el aire. Me caben tres en la boca. Me siento sobre la toalla. Abro las piernas. Coloco el espejo. Ay. Cojo un cubito de hielo y me lo aprieto contra la piel. Ay. Frío. Ay. Me lo deslizo por la... Frío. Ay qué frío. Presiono el hielo contra el corte. Lo sujeto ahí. El agua me gotea por los dedos. El frío es reconfortante. Espero hasta que se derrite el cubito de hielo. El cubito de hielo que tengo en la boca todavía no se ha derretido. Me veo los labios hinchados y azules en el espejo. Inflamados. Duros como una piedra. Parece que se me van a caer de la cara. Miro hacia abajo. Ay. La raja está más pequeña. Todavía abierta. Cojo la aguja. Junto la piel fría con dos dedos. Tiro del hilo. Chupo el hielo. Apunto la aguja. La clavo con fuerza. Paro. Arañazo. Me araña. Gato. Ahora no. Arañazo. Ahora

no, Sid. Me araña. Quiero que se vaya. Para de arañarme. Espero. Se ha ido. Empiezo. Clavo la aguja en mi piel. Empiezo a coser. No duele. Pero sangra. El hilo blanco se vuelve rojo. Cuerda roja. Entrando. Saliendo. Tiro. Estiro. Pincho y estiro. Dentro. Fuera. Fuera. Fuera. Fuera de foco.

¡Peach! El chillido me hace abrir los ojos. ¡Peach! ¡La cena ya está lista! Baja por favor. Mamá está de pie al pie de la escalera. Oigo a papá escabullirse en la cocina, arrastrar su silla sobre las baldosas, sentarse. Cojo las tijeras. Corto. Se ha detenido la hemorragia. Miro por toda la habitación. Estoy buscando ropa. Encuentro un pijama. Me van a preguntar por qué, diré que tengo sueño. Doblo la toalla y la meto en la basura. Ya guardaré el costurero luego.

Abro la puerta de la cocina y echo un vistazo. Me sonríen atolondradamente. Ojos grandes. Grandes. Mirando fijo. Hago un esfuerzo y sonrío. Me siento al lado de papá. En el plato, delante de mí, verduras. Verdes y amarillas. Pasta. De un amarillo clarito. Colores. No hay nada rosa. Tengo hambre. Qué buena pinta, le digo a mamá. Ella sonríe. Observa. Quiere verme comer. Así que como. Con lentitud. Corto el maíz en trozos. Corto las judías. Enrollo la pasta en el tenedor. La retuerzo. Y para adentro. Mastico. Papá se mete los espaguetis en la sonrisa. No noto el olor de su comida. Comemos. Estoy llena. Bebo agua. Noto cómo se asienta sobre la comida que tengo en la barriga. Gira y vira dentro de mi estómago cuando me levanto y me voy a la habitación de al lado. El bebé está durmiendo, dice mamá. No hagas ruido. Abro la puerta en silencio, con cuidado. En la penumbra, apenas alumbrada una cálida luz amarilla. La cuna está en la esquina. El bebé está sentado. Me sonrío. Gran sonrisa. Más grande que las de mamá y papá. Se agarra a las barras con sus brazos inseguros. Suelta una risita, la piel se le agita cuando me acerco, sonriendo. Me toco la cara con los dedos. Labios curvados. Sonrisa. Estoy sonriendo. Extiendo los brazos hacia el bebé. Él intenta levantarse pero tiene unas piernas de gelatina. Se bambolea, se tambalea y se desploma. Su llanto vuela por

el aire y se me clava en el corazón. Lo saco de la cuna, lo aprieto con fuerza contra mi pecho. Le beso la cabeza. Me lamo el azúcar glas que me queda en los labios. Su rostro rojo parece aún más rojo en la penumbra. Lo mezo con lentitud de un lado a otro hasta que amaina su llanto. Le hago cosquillas en las mejillas vibrantes. Cierra la boca abierta y vuelve a sonreírme. Voy con él hasta el sofá y me siento. Delante del fuego se está bastante caliente. Él está radiante. Hola, bebé, le digo con ternura. Su espalda se me pega a la piel donde el azúcar glas se ha borrado. Su cuerpo vibra entre mis brazos. Piel vibrante. Pegajosa. Gelatina gelatinosa. Bebé gelatinoso. Bebé. Gorjea. Le hago cosquillas en la panza gelatinosa. Me veo el brazo a través de su cuerpo transparente. Pesa. Cambio de posición. Le quito el brazo de la espalda. Me lo tumbo en el regazo. Me noto el brazo caliente. Me lo froto hasta que quito lo rojo pegajoso. El bebé se está derritiendo. Soy una idiota. Lo cojo en brazos y lo llevo a la mesa. Lo dejo sentado sobre la alfombra, le pongo unos almohadones detrás de la espalda, cojo el bote del azúcar glas. La alfombra se le pega a la espalda cuando trato de darle la vuelta. Le quito el plástico. Le tiemblan los labios. Va a llorar. Shhh, bebé, shhh. Shhh, bebé, digo. Le acaricio la espalda. Moldeo la gelatina. Lo rocío con azúcar. Shhh. Peach es tonta, digo, ¿verdad? ¿A que Peach es tonta? Él se ríe y gorjea. Yo todavía estoy sonriendo. Todavía estoy rociándolo. Lo levanto de la alfombra y observo cómo el azúcar sobrante cae de él. Lo bamboleo con fuerza y él se ríe. Está como nuevo. Mamá y papá abren la puerta con fuerza y entran. Se quedan de pie y nos observan. Sus sonrisas se agrandan a la vez. Entran enérgicamente y se sientan juntos. Se cogen de la mano. Cojo al bebé, me lo aprieto contra el pecho y lo mezo con suavidad. Su cuerpo gelatinoso se menea. ¿Ves?, dice papá. Sólo tienes que acostumbrarte a él y ya está. Sabemos que para ti ha sido una sorpresa, Peach, dice mamá. Pero te va a venir muy bien tener un hermanito. Mezo al bebé. Miro a mamá. Tiene los ojos muy grandes. Muy azules. La panza le asoma por encima de los pantalones. Sólo un po-

co. Está perdiendo el peso que ganó durante el embarazo. Ha tenido relaciones sexuales. Me ve mirándola, se baja el jersey. Me saca la lengua. Papá sonrío. Será un buen entrenamiento, dice. ¿Para qué? Noto cómo se me arruga la frente. Para cuando Green y tú tengáis hijos. ¿Para cuando qué?, digo. Dejo de mecer al bebé. Vamos, Peach, sabemos lo que está pasando. Somos tus padres. No hemos nacido ayer. Sabemos que habéis estado... ya sabes, dice papá. El bebé se retuerce entre mis brazos. Se lo paso a mamá. No, papá. Me parece que no lo sé. Soy demasiado joven para tener hijos, digo, despatarrándome en el sillón, junto al fuego. ¡Pero el bebé tendrá con quien jugar! Mamá pega un brinco y casi suelta al bebé. Papá sube y baja la cabeza con entusiasmo. Vamos, dice mamá. Green es un chico encantador. Hacéis una pareja monísima. Y el sexo parece estupendo, por lo que se oye, dice papá. Se me pone la cara roja como la del bebé. No me la veo. Pero me la noto caliente. Giro la cara hacia el fuego. Ardo con el fuego. Mamá suelta una risita y le pellizca la mejilla a papá. No pasa nada, Peach. El sexo es algo bueno. Mamá y yo lo hacemos todo el tiempo. Ahora acabamos de hacerlo sobre la mesa de la cocina. Es la naturaleza humana, Peach, no debes avergonzarte. Green es un chaval con suerte. La mayoría de las chicas no se dejan hasta que se casan. Pero nuestra Peach no es así. Y estamos muy orgullosos de ti. Está muy bien coger experiencia, y bueno, si tienes la suerte de tener un bebé, mejor todavía. Me tapo el rostro con las manos. Quiero llorar. Ese tal Green parece mayor. Estoy segura de que os lo pasáis genial, dice mamá. Sigue con la lengua fuera de la boca cuando la miro separando un poco los dedos. Gira la cabeza y le mete la lengua a papá en la boca. No puedo ver esto. Le quito el bebé a mamá, le beso la cabeza y lo dejo de nuevo en su cuna. Él se queda ahí sentado, retorciéndose y riéndose, mirando cómo mamá y papá se revuelcan sobre el sofá. Besándose. Mordiéndose. Con los ojos enormes. Mamá me hace un gesto con la mano. No puedo ver esto. Salgo de la habitación con rapidez.